

# EL MITO DEL PROGRESO

Del orden inteligible en el caos del universo contingente

## RESUMEN

Braulio Miguel Eduardo Hornedo Rocha

Tesis de doctorado en Filosofía Política

Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos

CIDHEM 2008

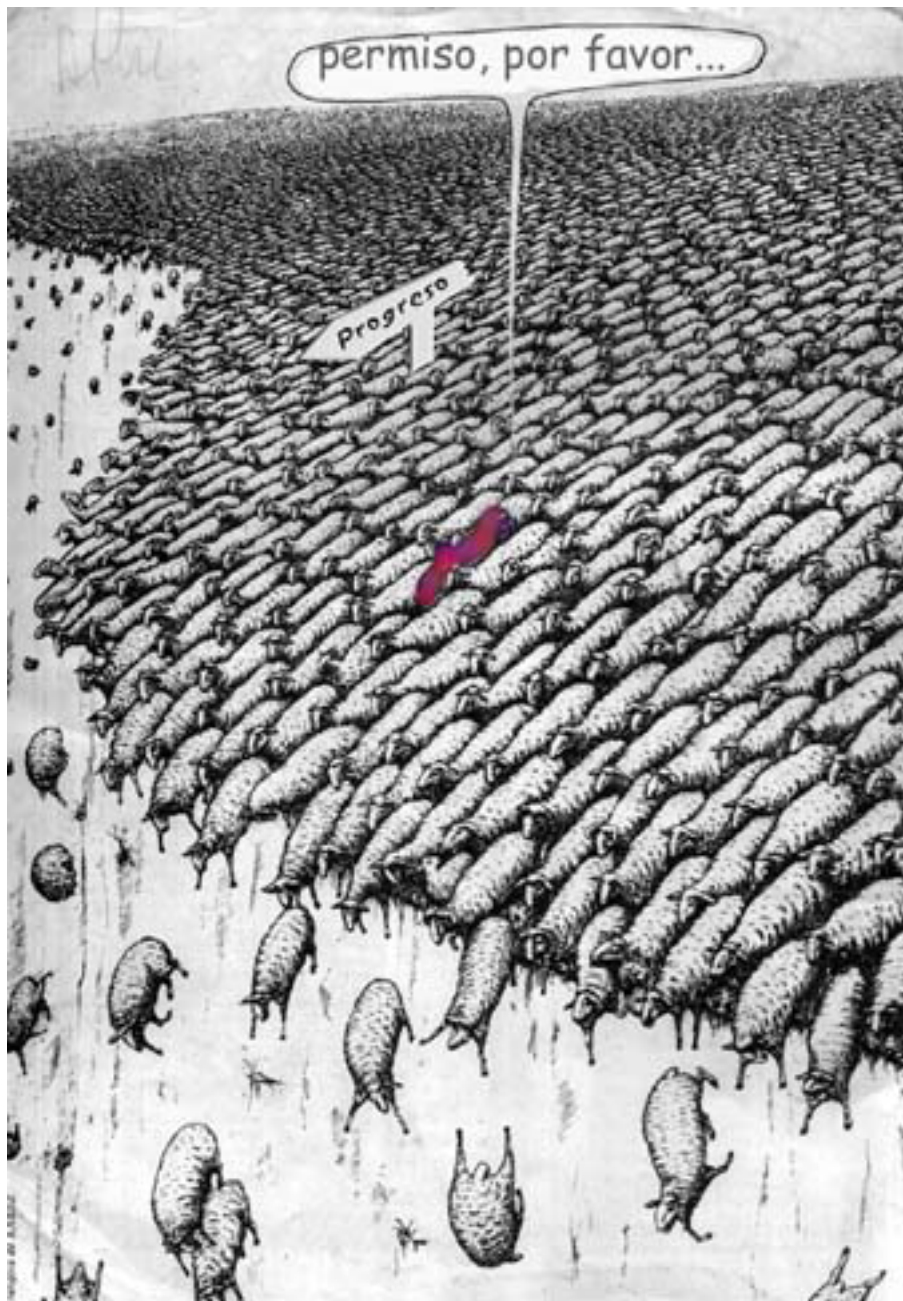


Imagen de<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Françoise de Kresz. *Bicicleta*. Revista de comunicaciones libertarias, no. 43, 1977

# El mito del progreso

En un sentido muy real, somos pasajeros, náufragos  
a la deriva en un planeta condenado.<sup>2</sup> Norbert Wiener

## 1. RESUMEN

### **De las dos clases de progreso inteligible en el caos del universo contingente**

Quiero establecer de entrada una primera división entre dos formas conceptuales bien diferentes, aunque estrechamente vinculadas entre sí. Estas dos formas teóricas gravitan alrededor del concepto de progreso. Dos formas de naturaleza distinta y muy diferente evolución histórica, pero que suelen confundirse en una sola idea y llevar, en consecuencia, a erróneas conclusiones.

### **El “Progreso” como fenómeno natural antientrópico**

En el primer capítulo estudio el “Progreso” como un fenómeno físico natural, conceptualizado desde la perspectiva científica de las matemáticas, la física y la cibernética. Esta concepción del “Progreso” deriva de una característica fundamental de ciertos sistemas naturales en los que se da una forma de “orden” o “progreso” tal que local y temporalmente se oponen al imperio de la entropía. Este concepto de entropía es derivado de la segunda ley de la termodinámica en la que se establece, y lo digo de forma muy simplificada, que en el universo (conocido) la desorganización aumenta y el orden disminuye, y sin embargo, existen ciertos sistemas ordenados (homeoestáticos o “islas antientrópicas”) que son de muy particular interés para el género humano, pues el fenómeno al que damos el nombre de “vida” queda incluido en esta clase de sistemas físico naturales. Aunque a raíz del incipiente desarrollo de la cibernética, ese fenómeno antientrópico ocurre también en sistemas artificiales tales como los servomecanismos o los ambientes de la llamada inteligencia artificial.

La idea de un universo contingente, a diferencia de un universo rígidamente determinado por la razón humana, es de muy reciente concepción en las ciencias físicas y naturales (dado el predominio hegemónico de la física newtoniana, que reinó absolutista desde finales del siglo XVII hasta fines del XIX). Permanecen las secuelas de la idea de un universo determinista hasta el progresista siglo XX con

<sup>2</sup> Wiener N., *Cibernética y sociedad.*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, p. 38.

Einstein y De Broglie quienes, por ejemplo, como una especie de “emisarios del pasado” defendieron esta concepción del pensamiento científico. Este predominio absolutista conformó el sustento de la “creencia científica” en un universo regido por leyes determinadas y descifrables por el hombre, con vigencia eterna desde el micro hasta el macrocosmos (origen probable de la noción moderna del progreso positivista formulado por Auguste Comte). Esa tradición en declive está dando paso a una nueva cosmovisión en la cual “la física ya no se ocupa de lo que ocurrirá siempre, sino más bien de lo que pasará con una probabilidad muy grande.”<sup>3</sup> Que no es lo mismo, aunque parezca igual.

Dos personajes, entre muchos otros, contribuyeron de forma decisiva al cambio del paradigma científico de las ciencias fisicomatemáticas a fines del siglo XIX: Ludwig Eduard Boltzmann (1844-1906) en Alemania y Josiah Willard Gibbs (1839-1903) en los Estados Unidos. Trabajando por su cuenta, ambos lograron dejar de lado la arrogancia “universalista” de la concepción newtoniana, a cambio de la nueva cosmovisión de un universo contingente, probabilista y discernible a través de las teorías matemáticas de la medida, la estadística y la probabilidad, que se desarrollaron de forma paralela e independiente a la física durante el siglo XIX.

...la novedad de Gibbs consistió en considerar, no un universo, sino todos los que son respuestas posibles a un conjunto limitado de cuestiones que se refieren a nuestro medio. Lo fundamental de su idea consiste en discernir hasta que punto son probables en un conjunto mayor de universos las respuestas que podemos dar a ciertas preguntas para algunos de ellos. Gibbs creía además que esa probabilidad tendería naturalmente a aumentar con la edad del universo. Se llama entropía a la medida de esa probabilidad, cuya característica principal es ser siempre creciente.

Al aumentar ella, el universo, junto con todos los sistemas cerrados que contiene, tiende naturalmente a empeorar y a perder sus caracteres distintivos, a pasar del estado menos probable al más probable, de un estado de organización y de diferenciación, en el cual existen rasgos y formas, a otro de caos e identidad. En el universo de Gibbs el orden es menos probable, el caos es más probable. Pero mientras el universo en su totalidad, si existe en cuanto total, tiende a ese estado definitivo, existen enclavados locales, cuya dirección parece opuesta a la del universo como un todo en los cuales hay una tendencia temporal y limitada a aumentar la complejidad de su organización. La vida encuentra

---

<sup>3</sup> Ibidem, p. 12.

asilo en alguno de esos enclavados. Ligada instintivamente a esa idea desde un principio, se inicia el desarrollo de la nueva ciencia: la cibernética.<sup>4</sup>

La biología, la física, las matemáticas, la neurofisiología, la teoría general de sistemas, la robótica y particularmente la cibernética dan sustento a esta noción de progreso a la que necesariamente haré alusión de forma recurrente, para deslindar con frecuencia entre las simpatías y diferencias de estas dos ideas centrales del saber contemporáneo: la información desde la perspectiva matemática y sistémica de la cibernética, y la del conocimiento desde la postura de la tradición epistemológica de la filosofía. Ante esta primera acepción del “progreso científico”, universal, perenne e ineludible, “que nadie puede parar”, dice Gabriel Zaid:

Nadie va a parar el progreso: tiene miles, millones de años. Ni la ciega voluntad de progreso, que tiene apenas unos siglos. Hasta sin saberlo, o sin quererlo, somos ejecutantes de esa voluntad que se extiende por el planeta. Sólo podemos exigirle autocrítica: volverla nuestra de una manera menos ciega; hacerla progresar, enfrentándola a sus resultados. Ningún progreso parece hoy más urgente que superar la ciega voluntad de progreso.<sup>5</sup>

Es entonces menester diferenciar el “Progreso”, como el nombre propio de un fenómeno natural identificado y descrito por las ciencias físicas, matemáticas y naturales, nombre que utilizo convencionalmente en mayúscula y entrecomillado para diferenciarlo de la “ciega fe en el progreso”, entendida como un fenómeno ideológico, político cultural derivado de aquél. Esta tarea se inicia, en primer lugar, por dos historias no sucesivas, sino paralelas a veces y entrecruzadas casi siempre.

La historia del “Progreso” pasa por la historia de la cibernética a partir de la génesis y evolución del saber racional, cimiento de la noción de número y su evolución conceptual en el pensamiento matemático, por la posterior capacidad mental de cálculo y finalmente el desarrollo de instrumentos de cómputo, comunicación y control, tales como calculadoras, computadoras, medios de comunicación artificiales, servomecanismos y robots, hasta ese matrimonio en ciernes del acoplamiento entre el cerebro y la computadora.

---

<sup>4</sup> Wiener N., op. cit., p. 14.

<sup>5</sup> Zaid, G., *El progreso improductivo*, El Colegio Nacional, México, 2004, p. 13.

### **La ciega fe en el progreso**

En el segundo capítulo, me ocuparé de la más breve y compleja historia de la gradual transformación del “Progreso” en la “ciega fe en el progreso”. Como un fenómeno histórico ideológico cultural, económico y político que culmina en nuestros días en la “cultura del progreso”. Cultura emblemática de esa tribu invisible pero omnipresente, de nosotros los evangelizadores universitarios al servicio del mercado global y la sacrosanta ley que garantiza la reproducción y acumulación del capital, característica de la modernidad y de sucedánea constancia en la posmodernidad.

La historia de la idea de progreso abarca, en mi limitada mirada, apenas los tres mil años a los que nos exhorta el poeta Goethe: “El que no sepa dar cuenta de al menos tres mil años está condenado a la miopía del día a día”. Y ¿qué son tres mil años en los cuatro millones de historia del *homo erectus*? ¿O en los quinientos mil años de la apropiación humana del fuego? nuestro mito primigenio. ¿O en los diez mil años del conocimiento de la agricultura? ¿O en los cinco mil años de los primeros vestigios de ciudades? Tres mil años es apenas un parpadeo en esta larga historia del género humano y la evolución de sus creencias en el saber y conocer modernos. El largo transitar cíclico del mito a la religión y la ciencia.

La idea del progreso se encuentra profundamente enraizada en los meandros de, al menos, los pasados tres mil años de historia de la Cultura Occidental, (greco romana y judeo cristiana, eurocentrista e imperialista, racionalista, científicista y escolarizada). Y particularmente desde los pasados mil años en que florece la práctica del comercio entre regiones distantes y surge la moneda, el mercado y el capitalismo. Y de los pasados quinientos años en los que el espíritu renacentista acuna el espíritu laico racional, científico y científicista. Y de los recientes doscientos cincuenta años en que la revolución industrial y el mito del progreso nos han colocado en el umbral del suicidio universal del todavía arrogante y empecinado género humano.

La historia de la Cultura Occidental es la historia de la cultura del progreso. En Homero, Hesíodo y algunos presocráticos, encontramos ya los gérmenes de la idea de que en el saber humano acumulado reside la simiente donde florece el primer peldaño en el ascenso de la humanidad hacia la felicidad y el progreso. Hasta llegar a nuestros días donde el desarrollo científico y tecnológico, ligado con el desarrollo económico y el desarrollo urbano, como engendros del Dios Padre del progreso, dan pie a esos excesos ideológicos que maquillan y ocultan sus desastrosas consecuencias. La idea del “desarrollo” sustentable por ejemplo, además de ingenua políticamente, casi tanto como deseable económicamente, es profundamente peligrosa para la supervivencia humana, pues como las buenas intenciones del proverbio, conduce directamente al pavimentado camino del infierno.

### **El progreso de los universitarios tan querido**

En el tercer capítulo mostraré el papel que los universitarios jugamos en la actualidad como la culminación de ese otro “espíritu absoluto en el devenir de la historia”. La gente de libros, los expertos profesionales, somos los portavoces de la moderna fe universal en el progreso, los proveedores certificados de progreso en el mercado global. Pues cuando por fin logramos ser reclutados por el poder del capital (léase tener un empleo bien remunerado), dejamos las aulas, listos para predicar la buena nueva del progreso al alcance de “todos”, empezando, desde luego, por nosotros mismos, al cambiar, gustosos, créditos académicos por créditos bancarios. Los universitarios bien domesticados y entrenados como obedientes caballitos de circo somos fabricados como uno más de los subproductos del orden económico que nos domina y determina brutalmente, al grado que aceptamos gustosos la esclavitud voluntaria, pero eso sí, jurídica y políticamente matizada (sólo por ocho horas al día y con “*week end*”, conquista sin duda progresista).

### **En conclusión**

Pero entonces ¿por qué diantres cuestionar al progreso, como indica el impertinente título de esta obra?

Respondo de acuerdo a las conclusiones de este trabajo: porque “el futuro, ese desfiladero hacia el que apunta el progreso moderno”<sup>6</sup> nos lleva, irremediabilmente, a ver perderse en el abismo a las ovejas encomendadas a ese modesto “pastor del ser”

<sup>6</sup> Constante, A., *Los monstruos de la razón*, FFyL UNAM, ITESM, México, 2006, p. 33.

cuya tarea fundamental es precisamente “ser en el mundo”. Desde mi perspectiva y como indica Heidegger: El hombre no es el déspota del ente. El hombre es el pastor del ser.<sup>7</sup>  
¡No! los hombres no somos los amos, ni cúspides de la creación divina. La Tierra no nos pertenece, nuestro destino es pertenecer a la Tierra; apenas y somos un aleatorio y prescindible instante sin tiempo en la insondable vastedad de lo inefable. Náufragos condenados ineludiblemente al habitar trágicamente como vecinos del ser para finalmente sucumbir.

Somos, bajo las nubes,  
subetéreos,  
minúsculos moluscos  
en el fondo del aire.<sup>8</sup>

Una tarde con árboles,  
callada y encendida.

Las cosas su silencio  
llevan como su esquila.

Tienen sombra: la aceptan.  
Tienen nombre: lo olvidan.

Y tú, pastor del Ser,  
tú la oveja perdida.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> Heidegger, M., *Carta sobre el humanismo*, Ediciones Peña hermanos, México, 1998, p.98.

<sup>8</sup> Castañón, A. *Cielos de Antigua*, Artemis-Edinter, Guatemala, 1997, p.31.

<sup>9</sup> Zaid, G. *Cuestionario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, p. 87.

## **2. De la fe en el progreso**

### **2.1 Entre el “Progreso” milenarista y la moderna fe en el progreso**

La idea del progreso se encuentra profundamente enraizada en los meandros de al menos tres mil años de historia de la Cultura Occidental, (greco-romana y judeocristiana, eurocentrista e imperialista, racionalista, científicista y escolarizada). Este criterio de antigüedad dista mucho de ser unánime entre los estudiosos del tema, ya que por ejemplo: John Bury<sup>10</sup>, entre muchos otros autores, niega la existencia de la idea del progreso en la Antigüedad Clásica, la Edad Media e incluso el Renacimiento, ubicando sus orígenes en la época Moderna; mientras que otros, como Robert Nisbet,<sup>11</sup> señalan los orígenes y evolución de la noción de progreso desde Homero y Hesíodo, pasando por Tales, Demócrito, Pitágoras, Heráclito, Parménides, Jenófanes, Protágoras, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Sócrates, Platón y Aristóteles entre algunos de sus precursores.

De Jenófanes a Protágoras, como de prácticamente todos los pensadores del periodo presocrático (quizá sólo con la excepción de los más antiguos Homero y Hesíodo), solamente conocemos fragmentos, y estos aún en muchas ocasiones, como crónicas o referencias indirectas de terceros.

Me inclino por la postura de que la fe en el progreso germina ya desde los orígenes de la antigüedad clásica, pues encuentro que además de los argumentos históricos, filosóficos y mitológicos esgrimidos por los autores que comparten esta posición, la idea del progreso se encuentra ligada a rasgos psicológicos intrínsecos, connaturales en la humanidad desde prácticamente nuestros orígenes culturales; pues la ambición de saber y la voluntad de poder son conductas generadoras de sendas prácticas primigenias y constituyentes de los factores decisivos en la construcción histórica de la noción de progreso.

---

<sup>10</sup> John Bury, *La idea del progreso*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, 327 pp.

<sup>11</sup> Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1991, 494 pp.



En *La Odisea* de Homero, al describirse a los cíclopes, se les pinta como seres carentes de toda cultura, viviendo en un estado primitivo y desconocedores de la agricultura (que para entonces llevaría más de siete mil años de evolución histórica). Los cíclopes “ni siembran ni siegan” dice Homero, lo que nos revela una clara visión de evolución en la propia sociedad griega. Recordemos que el origen mismo de los relatos homéricos son el resultado de cuatro o cinco centurias precedentes de tradición oral.

Pero es en Hesíodo (finales del siglo VIII a.C.) donde encontramos variados elementos que hablan de una concepción lineal evolutiva en orden descendente y ascendente, de auge y decadencia de la idea de progreso, como señalé previamente.

La *Teogonía* es una de las primeras obras poéticas de la cultura griega que viene a ser como el Génesis del Antiguo Testamento hebreo, pero ubicada en la posterior mitología griega. En ella se narra el origen del cielo, la tierra y el océano, así como el linaje de los dioses, semidioses y héroes de la mitología griega, conservada y difundida hasta entonces por medios orales.

La *Teogonía* sirvió para fundamentar una tradición mitológica y filosófica que se consolida en el siglo V a. C., pero que permanece casi mil años a través de los autores latinos hasta aproximadamente el siglo V de nuestra era. A diferencia de los textos homéricos, la *Teogonía* está escrita para ser leída como una verdad revelada, como una revelación hecha al autor por las Musas del Monte Helicón; historias que forman la primera parte del libro. Los relatos de la *Teogonía* parecen escritos como una respuesta a la excesiva humanización de los dioses que se manifiesta en la precedente tradición homérica.

En *Los trabajos y los días* obra posterior de Hesíodo, se explica la instauración divina del trabajo humano, dentro de un marco conceptual en el cual lo divino es entendido como lo fundador de la realidad cotidiana, pero sólo en la medida en que su presencia y realidad se verifican cada día en el acontecer del mundo.

En ambas obras se hace referencia al mito del astuto Prometeo, quien roba el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres desencadenando con esto el progreso que se define como la evolución hacia estadios de cada vez mayor dominio sobre la naturaleza y armonía entre los hombres que pueden alcanzarse por medio del saber.

Los Dioses habían ocultado a los hombres el sustento de la vida; pues, de otro modo, durante un solo día trabajaríamos lo suficiente para todo el año, viviendo sin hacer nada. Al punto colgaríamos el arado y pararíamos el trabajo de los bueyes y de las mulas. Pero Zeus ocultó este secreto, irritado en su corazón porque el astuto Prometeo le había engañado. Por eso envió a los hombres males terribles, y escondió el fuego que el rebelde Prometeo robara en una caña hueca abierta para dárselo a los hombres, engañando así a Zeus. “Entonces, Zeus que amontona las nubes dijo indignado: ¡Japetiónida! Más sagaz que ninguno, te alegras de haber hurtado el fuego y engañado a mi espíritu; pero eso constituirá una gran desdicha para ti, así como para los hombres futuros. A causa de ese fuego, les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote.

Habló así el Padre de los hombres y de los Dioses, y ordenó a Hefesto que mezclara la tierra con el agua y de la pasta formara una bella virgen semejante a las Diosas inmortales, y a la cual daría voz humana como de Diosa. Y ordenó a Atenea que le enseñara las tareas de las mujeres y a tejer la tela; y que Afrodita esparciera la gracia sobre su cabeza y le diera el áspero deseo y las inquietudes que enervan los miembros. Y ordenó al mensajero Hermes, matador de Argos, que le inspirara la impudicia y un ánimo falaz. Ordenó así, y los aludidos obedecieron al rey Zeus Cronión. Al punto, Hefesto, por orden de Zeus, modeló con tierra una imagen semejante a una virgen venerable; la Diosa Atenea la de los ojos claros la vistió y la adornó; las Horas de hermosos cabellos la coronaron de flores primaverales; Palas Atenea le adornó todo el cuerpo; y el Mensajero matador de Argos, por orden de Zeus retumbante, le inspiró las mentiras, los halagos y las perfidias; y finalmente el Mensajero de los Dioses puso en ella la voz. Y Zeus llamó a esta mujer Pandora, porque todos los Dioses de las moradas olímpicas le dieron algún don, que se convirtiera en daño de los hombres que se alimentan de pan.”<sup>12</sup>

<sup>12</sup> teogonía. <http://es.wikisource.org/wiki/Teogonía>.

Y desde entonces la mujer (como misógina encarnación del progreso) es el pan nuestro de cada día, pérfida presencia de ese funesto mal que pretendemos a toda costa mantener muy cerca de nosotros, aún a sabiendas de su bendito mal. A causa de ese fuego robado, dice el agraviado Zeus, “les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote”.

Y a la vuelta de casi tres milenios y en un periodo del movimiento pendular de la Historia nos encontramos encantados todavía con las consecuencias de ese hurto mitológico que transformó la posición de los hombres en el cosmos. Nos abrazamos embelesados al mito del progreso ante la creciente evidencia de que nos conduce al suicidio colectivo.

La aparición de gobiernos que conforman estados totalitarios se encuentra ligada en sus orígenes (segunda mitad del siglo XIX) al reacomodo de los intereses del poder de los capitalistas (cuando estos eran todavía personas y familias concretas socialmente identificables). Hasta nuestros días en que el anonimato de los grupos de acumulación del capital, es uno más de los privilegios de los poderosos, quienes esconden sus identidades, pero nunca sus afanes de rapiña para reclutar a la población total del planeta en un mercado global de consumidores adecuadamente escolarizados.

La lógica implacable de reproducción y acumulación del capitalismo como fin supremo en los países industrializados creó las condiciones para la intromisión práctica de los intereses privados de los grandes capitalistas, la clase de los dueños de los medios de producción. Esta intromisión, a veces velada y encubierta (como en los regímenes democráticos), otras veces cínica y violenta (como en el fascismo y nazismo), se concretó a través de las políticas públicas de los gobiernos de los estados nacionales que conformaban la geografía política en los inicios del siglo XX.

La Gran Guerra Europea, mejor conocida como la Primera Guerra Mundial, es la continuación de esas políticas públicas representantes de los intereses privados del capital vinculado al complejo militar industrial por medio de la planificación de la

muerte masificada. Esto es, la guerra como uno más de los negocios para cumplir con el fin supremo del capitalismo a escala mundial. Para la lógica de acumulación del capital es conveniente producir, para ser destruido y volver a empezar produciendo una vez más lo destruido y así en un cuento de nunca acabar. De 1914 a 1918 los costos estimados en vidas humanas de este negocio fueron 1.8 millones de alemanes, 1.6 millones de franceses, 800,000 ingleses y cerca de 200,000 norteamericanos y canadienses. Costos indirectos por poco más de cuatro millones de refugiados y desplazados. Ninguno de estos costos fue pagado por los capitales involucrados, las víctimas pagan, todo se va directamente a la cuenta de utilidades (*The perfect business in the name of God. In God we trust*).

La Segunda Guerra Mundial, en esta perspectiva, es el mejor negocio de todos los tiempos, pues mientras los costos en vidas humanas prácticamente se decuplicaron, las utilidades del complejo militar industrial se centuplicaron. En otras palabras, se logra maximizar la función objetivo utilidad, minimizando al mismo tiempo los costos directos del capital. El negocio perfecto y la fórmula ideal de la programación matemática de los intereses de los poderosos.

Con la ventajosa aparición del más alto grado del terrorismo globalitario se inicia una nueva época. El poder derivado de las armas atómicas llevó al mundo entero a la amenaza de exterminio global de las culturas que habitamos en nuestra madre la tierra. Durante los años de la llamada “guerra fría” la disputa por el control mundial entre el imperialismo norteamericano (el poder del capital) y el imperialismo ruso (el capital de poder de un estado centralizado y militarizado) tuvieron en sus escarceos bélicos al resto del mundo como sujeto de dominación hegemónica. Ante la amenaza del holocausto nuclear, todos los demás países deberíamos aceptar incondicionalmente la dominación por el terror de los poderosos en cualquiera de las dos esferas de influencia en que se viviera. Mercado global más amenaza de control terrorista totalitario es igual a globalitarismo.

Ya lo apuntaba el viejo Vladimir Illich Lenin y lo demostró el ocotepeño universal Iván Illich. En el estado globalitario con el que sueñan los ricos, la aspiración a un

mercado mundial de consumidores va de la mano con la “suspiración” por un estado de control totalitario, donde la privatización de lo público y la supresión de lo privado son inherentes a un modelo de progreso moderno, que pese a su decadencia y podredumbre manifiestas sigue teniendo partidarios entre esas “buenas conciencias” adecuadamente domesticadas que aprendieron muy bien en la escuela a demandar empleos, megatiendas y aeropuertos para pensar como ricos, pero que la ideología dominante se encargó de conformarlos a vivir como pobres. Ironías propias de la “pus’moderna” servidumbre voluntaria.

## **2.2. Dominación, explotación y progreso.**

Los andamiajes utilizados para la construcción de una América inventada por las culturas europeas del siglo XVI se van entrelazando no sólo alrededor de las creencias religiosas y la evolución de las ideas humanistas y racionales, sino sobre todo en función de los intereses materiales económicos y políticos que terminan imponiéndose brutalmente en un rango de soluciones que va desde la asimilación resignada de los indígenas a la nueva cultura impuesta por los europeos, hasta la guerra de conquista que desemboca en la dominación violenta y esclavizante.

La visión providencialista de la Historia establece que es la divinidad quien designa tanto el curso como los protagonistas de su cauce, de tal interpretación resulta el mejor de los argumentos para justificar las guerras de conquista por designación divina y con el noble y piadoso fin de convertir a la fe católica a los esclavos repartidos y encomendados a los conquistadores. Es decir se trata de la explotación del trabajo humano en el nombre de Dios, olvidando que cada uno es todo el género humano.

Tuvieron que pasar cientos de años de explotación colonialista para que en los imperios occidentales se dieran las condiciones de un pensamiento crítico que permitiera percatarse del carácter destructivo del progreso material derivado de la explotación y dominación, ya no sólo en las colonias dominadas de ultramar, sino incluso en las propias metrópolis imperialistas europeas.

Jean Jacques Rousseau a mediados del siglo XVIII, en pleno auge de racionalismo progresista, escribe su célebre “Ensayo sobre el origen de la desigualdad de los hombres”, en el que formula su crítica señalando que: “nuestras almas se corrompen a medida que nuestras ciencias y artes avanzan hacia la perfección”<sup>13</sup>. Rousseau centra su crítica en la propiedad de la tierra que se deriva a su vez de la invención de la agricultura. De tal modo que la desigualdad social y moral se origina en la iniciativa del hombre que por primera vez puso una cerca alrededor de un terreno y dijo: “Esto es mío”, y encontró gente tan simple e ingenua para creerle y someterse. Ese hombre fue el fundador de la sociedad civil junto con las instituciones que la gobiernan. Si la civilización corrompe a los hombres se puede pensar que la consecuencia lógica del pensamiento de Rousseau es propiciar su destrucción, pero esa sería una deducción equivocada pues Rousseau creía en la educación y la democracia como vías para la perfectibilidad de los hombres y sociedades.

William Godwin fue un escritor inglés profundamente influido por el pensamiento crítico de Rousseau. Pero a diferencia de su maestro francés, Godwin creía que había que dismantelar toda forma de gobierno estatal como una condición para la perfectibilidad humana. “Látigos, hachas, patíbulos, mazmorras, cadenas y suplicios, son los métodos prescritos y en uso para persuadir a los hombres a la obediencia e imprimir en su mente las lecciones de la razón”<sup>14</sup> escribe en su libro “*Enquiry concerning Political Justice*” (Estudio de la justicia política) publicado en 1793. Esta obra tuvo una importante influencia en las actividades políticas de los poetas Shelley (que fue su yerno) y Coleridge.

Rousseau y Godwin son considerados como los antecesores en la tradición de la filosofía política del anarquismo, esta corriente que florece en el siglo XIX en pensadores como Saint Simon, Robert Owen, Pierre Joseph Proudhon, Miguel Bakunin, Piotr Kropotkin, Max Stirner y León Tolstoi entre otros. Pero es un pensador singularísimo, (aún entre esta lista de “santos y rebeldes”), quien formula la crítica más profunda y radical al progreso moderno y el Estado. El pensamiento de Friederich Nietzsche es el objeto de estudio de nuestro siguiente capítulo.

---

<sup>13</sup> Citado por: Bury, John, La idea del progreso, Alianza editorial, Madrid 1971, p. 166.

<sup>14</sup> Citado por: Joll, James, Los anarquistas, Grijalvo, Barcelona, 1968, p. 27.

## 2.3 Nietzsche, o de la crítica a la fe en el progreso

Esto no es un libro, ¡que encierran los libros  
esos sarcófagos y sudarios!  
El pasado es su botín  
pero aquí vive un eterno *Presente*.

Esto no es un libro, ¡que encierran los libros!  
¡qué encierran sarcófagos y sudarios!  
Esto es una voluntad, una promesa,  
esto es un viento marino, un levar anclas,  
esto es una última ruptura de puentes,  
un rugido de engranajes, un gobernar el timón;  
¡brama el cañón, blanco humea su fuego,  
ríe el mar, la inmensidad!  
Friederich Nietzsche<sup>15</sup>

Si “la mitología es el conjunto de leyendas tradicionales en que la imaginación primitiva ha recogido sus nociones, sus sueños y sus experiencias respecto al mundo natural y al mundo sobrenatural”<sup>16</sup>, entonces cómo no reconocer la permanencia de una mitología primitiva, o quizá podría decir primigenia, tan arraigada en la mentalidad moderna. Pareciera una paradoja, que no cesa de intrigarme, el hecho que en plena era de “ciencia y tecnología fulgurantes y hegemónicas”, podamos seguir tan campantes y decididamente enraizados en algunos mitos “primitivos”, que como sutiles y eficaces grilletes del pensamiento contemporáneo, conforman variadas supersticiones, que pasan por verdades universales, incluso hasta con carácter “científico”.

El mito del Estado progresista (como culminación del Espíritu Charro Absoluto y del Superhombre en versión beta 3.7 Hollywood dixit) se encuentra tan indisolublemente presente en nuestros sistemas de creencias e ideologías de la tradición cultural occidental, que incluso da nombre y origen a una era y un

<sup>15</sup> *Poemas*. Federico Nietzsche. Hiperión. Madrid. 1994., p. 63.

<sup>16</sup> *Mitología griega*. Obras completas XVI, Alfonso Reyes, Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 342.

sistema de valores (el cristianismo), sistema que, con sus variantes y adaptaciones geográficas e históricas, conforma como una profunda infección epidémica a los estados nacionales “democráticos y cristianos” agrupados en los diversos bloques del llamado hemisferio occidental.

El cristianismo no sólo marca nuestro calendario, sino que rige de forma preponderante sobre nuestros valores morales y nuestros principios filosófico políticos. La “igualdad de los hombres ante Dios” (*y el Estado*); el “amor al prójimo”; la “abstinencia ante los placeres naturales”; la “humildad ante el poderoso”; la “fe en la justicia divina”; el “respeto al deber impuesto por los sagrados mandamientos”, y un largo etcétera de valores y principios, son parte de los cimientos de nuestra propia cultura, al grado que no podemos dar cauce a los más elementales instintos gregarios si no es bajo un modelo de sociabilidad a lo cristiano, pues seguimos pareciendo incapaces de imaginar otra forma de coexistencia en la sociedad del espectáculo o en el mercado global del “pig brother” en tiempo real.

Los estados cristianos y democráticos que rigen como un paradigma “casi en exclusiva” en la cultura política occidental, son una maquillada farsa que origina una contradicción en los términos mismos de su formulación, pues nada pareciera más distante que una comunidad cristiana basada en un estado nacional moderno con la ambición y la avaricia, dice Lord Keynes, como las más altas virtudes cívicas. De forma que resulta parecido a la impostura de un “estado socialista” o un “estado popular” *contradictio ad terminis*, hasta llegar al colmo de los simulacros representados por la práctica política mexicana creadora del “estado revolucionario e institucional” *contradictio ad absurdum*, encarnación paródica y patafísica del espíritu absoluto cimarrón y culminación charra de la “Historia universal”.



La llamada moderna cristiandad es la “suma algebraica” en vivo y en directo de los Estados nacionales regidos por las creencias y valores del judeocristianismo. Desde la madre pura y virgen por obra y “gracias” del Espíritu Santo, hasta las tres personas en una del triángulo amoroso de la teología católica. Pasando por la igualdad de todos ante el Dios único y verdadero, que sólo admite en su reino a los miserables, enfermos e impotentes; mediocráticos igualitarios y abstinentes resentidos, así como a toda clase de miserables probados, pero sobre todo miserables en la libertad del espíritu.

La naturaleza divina es ser sobrenatural; la inmortalidad, la omnisciencia, los poderes de creación, transformación e intervención son algunas de sus características. Mientras que no podemos encontrar nada más natural que la naturaleza humana, pues bien sabemos que somos mortales, falibles, vulnerables, pendejos e ignorantes por nuestra propia naturaleza humana.

Que la divinidad opte por la naturaleza humana es una suerte de autodegradación decadente que no acabo de entender y menos de creer. El Dios inmortal, al encarnar en un hombre se torna mortal para ser sacrificado por decisión inexorable de su Dios Padre a fin de convertirse entonces en el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. Por el pasaje del huerto de Getsemaní, sabemos de la inútil súplica del Hijo al Padre, para evitarle beber ese cáliz, así como sabemos también de la implacable respuesta del Padre autoritario y sus fatales consecuencias en la glorificación del resentimiento en la Cultura Occidental.

Ahora bien, que la naturaleza humana aspire al ser sobrenatural de la divinidad es un anhelo que enaltece al ser humano que lo formula y al que se ocupa de

ponerlo en práctica. Llegar a ser como dioses es un “derecho existencial” que se combate tajantemente por las religiones monoteistas hegemónicas en el mundo moderno. Este llamado a divinizar la humanidad resuena en el *Así habló Zaratustra* de Nietzsche. Acercarnos a ese hombre superior de las enseñanzas de Zaratustra es el propósito de este ensayo, atisbar apenas elementalmente este portentoso y singular libro manifiesto que revela un conocimiento enigmático, emanado de la poesía, la intuición adivinatoria y el desasosiego imaginativo, una forma de conocimiento poético que toma distancia de la lógica de la razón científica, irónica y magistralmente, sin abandonarla.

## **2.4 Tragedia, destino y un pilón de libertad**

Friederich Nietzsche, en la segunda mitad del siglo XIX, se encontraba perdidamente enamorado de su materia de trabajo y estudio. Estaba sometido, como suele pasar con los enamorados, por el fervor extático propio de esta condición del alma que todo lo enreda y desafía. Aunque por otro lado, también experimentaba el asco derivado de la intimidad y la confianza del trato cotidiano, sentimientos frecuentes también en los desenlaces de los amantes, cuando por el paso del tiempo se puede llegar a hablar con toda franqueza.

Él se propuso vertir esa pasión desbordante en su primer libro, pensando que con esta obra probaría su sentir ante el mundo, como una especie de ofrenda para su amada filología. En una carta escrita a su colega y amigo E. Rhode, en febrero de 1870, Nietzsche le confiesa que: ”Propiamente no tengo ambición literaria, y no necesito adherirme a ningún patrón dominante, puesto que no aspiro a ocupar puestos brillantes y famosos. En cambio, cuando llegue el tiempo, quiero hablar con toda la franqueza de que sea capaz. Ciencia, arte y filosofía crecen tan juntos dentro de mí que en todo caso pariré centauros.”<sup>17</sup>

Alfonso Reyes escribió que “el ensayo es el centauro de los géneros”<sup>18</sup> y quizá nunca fuera mejor aplicada esta imagen poética que en los primeros ensayos escritos por Nietzsche. Pues como virtuales centauros fueron paridos por este joven y singular

<sup>17</sup> Friederich Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial. Madrid, 2003, p. 12.

<sup>18</sup> Reyes, Alfonso. *Obras completas*, Vol. IX, FCE, México, 1959, p. 403.

filólogo, quien logró con estas primeras obras ser reconocido y nombrado catedrático titular de filología clásica en la Universidad de Basilea. Tal logro no era cualquier cosa, sobre todo para un joven de 24 años que no contaba todavía con el grado de doctor. Requisito básico de las universidades europeas de la época, que exigían tal condición para contar con la titularidad de cualquier cátedra universitaria.

El genial desdén de arrogancia de nuestro héroe por hacer una carrera académica meritocrática, aunado con el natural recelo de sus más viejos colegas contra este joven brillante y advenedizo, que ni siquiera contaba con el grado de doctor, provocó no sólo reacciones de indiferente silencio al principio, sino de verdadero encono envidioso en algunos de sus escolarizados colegas. Ante la publicación de la primera edición de *“El nacimiento de la tragedia”*, fue acusado inclusive de ser “un peligro” para la juventud estudiosa alemana. Con el resultado que ningún alumno se inscribió en su siguiente curso por la efectividad de la insidiosa campaña de desprestigio y sabotaje emprendida en su contra. Esta situación contribuyó, en alguna medida, a que su precaria salud empeorara y lo convirtiera en un prematuro jubilado antes de cumplir los 35 años.

Nietzsche tardó varios años en percatarse plenamente de que ésta, su primera obra, no era sólo el resultado del trabajo de un filólogo, o de un wagneriano, o de un schopenhaueriano (periodos por los que transitó), sino una visión propia que se constituía en una nueva forma de ver y de ser en el mundo, a partir del hallazgo del papel neurálgico del pensamiento trágico entre los griegos.

En “El nacimiento de la tragedia” se van entreverando las ideas en una urdimbre compuesta por binomios conceptuales en los orígenes y conformación del pensamiento trágico. Apolo y Dionisos como las dos deidades opuestas, pero complementarias, en el quehacer artístico de sendos cultos a estas divinidades.

El sueño y la embriaguez son las dimensiones originarias donde se sintonizan dichas deidades, fuentes de conocimiento e inspiración creadora. Homero y Arquíloco como los padres fundadores de la épica y la lírica. La belleza y el sufrimiento como

los factores componentes del arte. Los cantos ditirámicos y el surgimiento del coro. La apariencia y el símbolo. La música y los inicios del teatro. La verdad y la verosimilitud. Wagner y Schopenhauer. Pero sobre todo esto, la visión del filósofo poeta, que abarca y trasciende la del filólogo erudito, la vida y la muerte concebidas en la unidad del todo. La vida como el comienzo de la muerte, pero también la muerte como una condición para la nueva vida. El eterno devenir helicoidal que nos coloca más allá del bien y del mal, condición que provoca un estado de inocencia embriagadora y santificante, conciencia donde no existe el pecado ni la culpa, y en consecuencia, no hay necesidad de redentores. Pues la vida eterna se da como una condición natural del vivir y del morir. Inocencia semejante a la del niño jugando junto al mar en el relato de Heráclito. Tener plena conciencia de esta situación de grave inocencia es saber pensar trágicamente. “Madurez del varón es haber reencontrado la seriedad que de niño se tenía al jugar”, resume Nietzsche en este memorable aforismo.

## **2.5 Destino y un pilón de libertad**

El destino, parafraseando al poeta Borges, es esa cosa de la que nada se sabe, excepto su insondable aparecer en nuestras vidas. El destino que no parece ocuparse de los espíritus vulgares de los hombres superfluos, parece ensañarse con los espíritus heroicos y trágicos. Incluso con los mismos dioses. Son los Hados quienes confeccionan el destino (moira), obrando ineludibles sobre los dioses, los hombres y los hechos. Estableciendo un encadenamiento fatal de los sucesos al que no escapan ni los mismos dioses.

Es en esta dimensión dionisiaca donde la libertad heroica aparece como un ejercicio de voluntad ante lo inexorable. El progreso, casi como una antítesis del destino trágico, es una creencia que demanda de una conciencia autocrítica para cuestionar las creencias y actuar en consecuencia. Actuar desde la libertad personal, descreer de las normas, y prácticas políticas que se nos imponen como consecuencias de la tragicomedia montada por Hollywood para la moderna sociedad del espectáculo.

## **2.6 Del desarrollo económico al desarrollo sustentable**

*La misma gata pero sustentada*

La prisa por desarrollarse, por lo demás, me hace pensar en una desenfundada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno.

Octavio Paz<sup>19</sup>

### **Desarrollo sustentable versus población y cultura**

Aunque no existe una definición universalmente aceptada para el desarrollo económico, los economistas (esos epígonos de la religión del progreso) parecen estar más o menos de acuerdo en definir el desarrollo económico de un país, región o ciudad como:

el incremento sostenido e irreversible del ingreso “real” por habitante. El adjetivo “real” significa que se ajustan los resultados al tomar en cuenta la inflación, es decir que los resultados son expresados en unidades monetarias (dólares, pesos u otros) constantes.<sup>20</sup>

Es curioso como ese “real” entrecomillado expresado por Polèse, se preocupa por definir el dinero en términos constantes a través del tiempo. Pero se despreocupa totalmente por la concentración del ingreso en muy pocas manos, pues la distribución real (sin entrecomillar) en las sociedades concretas dista mucho en parecerse a ese cociente estadístico del ingreso per capita, puesto que muy pocos lo superan por mucho y la inmensa mayoría se encuentra muy por debajo de tal abstracción matemática. En el caso concreto del Estado de Morelos, según el Censo de Población y Vivienda del año 2000, apenas el 1.4% de la población económicamente activa, entre 15 y 64 años, declaró haber obtenido ingresos mensuales mayores a 10 veces el salario mínimo. Esta brutal concentración del ingreso pone en evidencia lo tramposo del concepto definido como desarrollo, por lo cual propongo en “burlas veras” reformular la definición de Polèse de la siguiente manera, el desarrollo económico es: “el incremento sostenido e irreversible del ingreso “real” por habitante “rico”. Los adjetivos “real” y “rico” significan “real” y “rico” respectiva y llanamente.

<sup>19</sup> Paz, O. *Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1968, p. 22.

<sup>20</sup> Polèse, M. *Economía urbana y regional*, 1998 p. 30.

El desarrollo económico es el dogma de la iglesia universal en los tiempos del “globalitarismo” , expresado éste como la fase superior del imperialismo capitalista (mercado global, más estado totalitario mundial). Al igual que otras iglesias, el “desarrollismo” tiene un dogma revelado por ese profeta mayor de la Teología del desarrollo que fue Lord Keynes y que F. Schumacher subraya con implacable lucidez crítica, revisemos un fragmento del evangelio según Lord Keynes:

Por lo menos durante otros 100 años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día.<sup>21</sup>

Tras de tan contundente revelación de las deidades (avaricia, usura y especulación) que rigen las “necesidades” del “*homo economicus*” sólo nos queda refrendar la veracidad de lo señalado por Hazel Henderson: “La economía no es una ciencia; es simplemente política disfrazada”. Política “al servicio de los intereses del poder del capital” cabría agregar a riesgo de caer en una evidente perogrullada.

Algunos de los misterios revelados que conforman esta “religión” disfrazada de “ciencia” llamada economía son: el de la existencia de “necesidades sociales” y la interpretación del medio ambiente natural como un almacén gratuito e infinito de “recursos naturales económicos”. Estos conceptos de “necesidades sociales” y “recursos naturales” permiten establecer el mítico principio del “desarrollismo” basado en que: “más es mejor siempre para todos”. Los misioneros encargados de propagar este dogma de fe progresista somos, como ya se dijo, los universitarios que piadosamente llevamos los “beneficios del desarrollo” a los pobres no escolarizados. Finalmente este culto se realiza en los altares de la avaricia y el egoísmo distribuidos en todo el planeta y conectados por las autopistas de la dominación, por multitudes de fieles que buscan el sentido final de sus vidas en el consumo desmedido de bienes materiales superfluos y servicios inútiles que tampoco necesitan, pero que realmente sirven para enriquecer más a los más ricos.

---

<sup>21</sup> Citado por: Schumacher, E.F. *Lo pequeño es hermoso*. 1978 p. 22.

Gabriel Zaid tiene razón al señalar: “que no hay progreso más urgente que superar nuestra ciega fe en el progreso”. El progreso como base del desarrollo económico está profundamente enraizado en la ideología dominante hecha carne de nuestra carne. El discurso del desarrollo lo permea todo. Son sus creyentes devotos por igual: los capitalistas y los socialistas, los empresarios y los obreros, los políticos y los universitarios, los católicos y los musulmanes. Cada uno de estos sectores podrán tener sus diferencias y enconos entre ellos, pero en lo que todos están de acuerdo es en la necesidad del desarrollo como un medio para llegar a sus muy particulares versiones del progreso en una carrera de insaciables ratas trepadoras. Precisamente Octavio Paz apunta en un chispazo de lúcida visión poética que “la prisa por desarrollarse, por lo demás, me hace pensar en una desenfrenada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno.”<sup>22</sup>

A pesar de que la pretendida ciencia económica reconoce no contar con muchas certidumbres y leyes derivadas de ellas, en el caso de la relación entre desarrollo económico, urbanización y desarrollo urbano parece darse una excepción a esa regla de incertidumbre de la economía, pues según Polèse:

La urbanización es una consecuencia ineludible del desarrollo económico. Hasta hoy en día, ningún país ha escapado a esta ‘ley’.<sup>23</sup>

En esto los economistas tienen toda la razón, esa ley existe y es la sacrosanta ley que garantiza las condiciones de reproducción y acumulación del capital. La urbanización capitalista es un proceso de apropiación privada de los espacios públicos y comunales. En la ciudad se dan las condiciones óptimas para los intereses del capital mediante formas de cooperación entre diferentes unidades de producción y las condiciones físicas para la reproducción de la fuerza de trabajo. En resumen, en la ciudad se dan las condiciones físico espaciales para la reproducción de las relaciones sociales de producción con las fuerzas productivas concentradas en ella.

Se dice que el deber principal de los gobiernos, y de los urbanistas que son sus empleados, es el de buscar el interés general, pero hábilmente se cuidan de poner en evidencia que el interés general que buscan cuidar es en exclusiva el de la clase dominante.

---

<sup>22</sup> (Cfr epígrafe) Paz, Octavio, *Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1968.

<sup>23</sup> Polèse, M. *Ibidem*.

### 3. El mito del progreso, de los universitarios tan querido

En 1932, Alfonso Reyes veía en el mundo un paulatino advenimiento al poder de las clases universitarias. (Atenea política)<sup>24</sup>

Gabriel Zaid.

El progreso es una creencia tan profundamente arraigada en la mayoría de las mentalidades modernas que se ha convertido en un dogma de fe. Ser moderno supone ser con devoción progresista, particularmente entre los universitarios titulados que han pasado por una adecuada trata escolar y para quienes el objetivo último en la existencia es la obtención de grados y posgrados académicos. Los títulos de licenciado, maestro y doctor representan, para ellos, una ilusoria garantía de ser enrolados en las nóminas de los ricos, anhelo de ser candidatos a recibir, al menos, las migajas que resbalen de la mesa del progreso de los poderosos. ¡Nadie debe ni puede oponerse al progreso, pero ni siquiera dudar de su absoluta necesidad! Sólo pensarlo supone mucho más que un anacronismo, una herejía, un acto de terrorismo, resultado de plena insensatez suicida, digna de inmediato exterminio inquisitorial. Si acaso podemos identificar un debate alrededor del concepto de progreso, este se da en el creciente dilema de fomentar el cinismo o atizar el pánico (en el mejor de los casos). Este debate es protagonizado, con indiferencia a veces o con entusiasmo casi siempre, entre los miembros de la “tribu invisible”, certeramente caracterizada por Zaid<sup>25</sup>, sin embargo, irónicamente y pese a su invisibilidad, tribu omnipresente a lo largo y ancho del mercado global que constituye su caldo de cultivo y medio primario de reclutamiento. La cultura del progreso es el evangelio encarnado y predicado por la tribu de los universitarios, evangelistas apologeticos del mítico dogma del progreso.

No son los arios, ni los proletarios, ni los cristianos, ni los occidentales los que imponen su ser, como modelo culminante de la humanidad: son los universitarios, la gente de libros. Platón se sonroja, titubea, pero finalmente dice que la humanidad debe ser como Platón.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> Zaid. G. *Crítica del mundo cultural*. Obras vol. 3, El Colegio Nacional. México 1999, p.310.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 319.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 321.



Los universitarios somos los encargados de satisfacer las necesidades de vivienda, educación, salud, transporte y sobre todo seguridad, para el público “ignorante y necesitado”, ávido de progreso en el mercado global. Y esto a partir de que logramos obtener un buen empleo, (como una especie de esclavitud voluntaria), pero eso sí, sólo por ocho horas al día y “week end”. Conquista laboral de amargo sabor progresista.

Las diferencias de opinión sobre qué es el progreso, cómo y quién debe ofrecerlo, a quiénes, pueden verse en el marco de las discusiones más o menos técnicas de las distintas profesiones proveedoras de progreso.

Los proveedores de progreso están del mismo lado con respecto a sus clientes, pacientes o pupilos: arriba, en el centro, adelantados. Los atrasados son el tema.

¿Pero qué, no es claro como el agua del excusado, que los universitarios sí sabemos que es lo que les conviene a los pobrecitos de los pobres? Los gremios, asociaciones y colegios de profesionales expertos suscriben entusiasmados sus taimadas y coincidentes opiniones. Los economistas, sociólogos y antropólogos; los médicos, ingenieros y arquitectos; los historiadores, juristas, filósofos y hasta algunos poetas, son partidarios unánimes de predicar y construir el bonito camino que nos llevará al “muy, muy lejano” reino del progreso.

Lo que los pobres necesitan (siguiendo el razonamiento universitario) es dejar de ser pobres (brillante hallazgo tautológico). Para dejar de ser pobre se necesita (como para llegar al cielo) adecuarse a la división social del trabajo (la escalera grande) y por lo tanto conseguirse un empleo o al menos una chamba (la escalera chiquita). Para todo lo cual obtener un grado, o mejor un posgrado posibilita esta piadosa tarea. Ayudar a convertir a los pobres campesinos indígenas marginados en sujetos de crédito, trata escolarizante, dieta balanceada y gimnasio, curaciones con medicinas de patente, nacer y morir en hospitales, viviendas de interés social, seguridad social con beneficios para la industria armamentista, teléfono celular y tarjeta de crédito... ¡Esta es la misión histórica de la tribu del progreso, nuestra tarea es lograr que los pobres dejen de ser pobres y se conviertan en... universitarios progresistas!

Las universidades modernas que se ostentan como de marcada orientación científica y tecnológica, desgraciadamente, y a causa de su fe en el progreso, han ido perdiendo su carácter universalista que les permitía actuar como lugares para propiciar los encuentros libres entre personas afines que comparten sus intereses por saber. En cambio se han convertido en organismos presupuestófagos y meritocráticos, cuya misión estriba en administrar y, sobre todo, certificar los productos industriales denominados docencia, investigación y extensión de la cultura. Dice Iván Illich en *Hacia el fin de la era escolar* “panfleto” antecedente de *La sociedad desescolarizada*, que la escuela parece estar eminentemente dotada para ser la Iglesia Universal de nuestra cultura moderna que practica el progreso como una forma de la decadencia. Cito fragmentos entresacados de diversas páginas “panfletarias”:

La escuela sirve eficazmente como generadora y sostén del mito social del progreso debido a que posee la estructura de un juego ritual de promociones graduales...La escuela es un rito iniciatorio que introduce al neófito a la carrera sagrada del consumo progresivo...El universitario titulado ha sido escolarizado para cumplir un servicio de reclutamiento entre los ricos de la tierra...La universidad moderna ha alienado su oportunidad de proporcionar sencillamente un marco para encuentros autónomos y anárquicos, orientados pero no planificados, entusiastas. En cambio, ha elegido convertirse en gerente de un proceso que fabrica los productos llamados investigación y docencia.<sup>27</sup>

La universidad científica y tecnológica (cientificista y burocratizada). La universidad de condición postmoderna ubica a las humanidades como el patito feo en la repartición del queso presupuestal por su “evidente inutilidad”. Se impone como norma de política educativa el que solamente es científico aquello que es digno de financiamiento, porque se aviene a convertirse en conocimiento rentable, útil para el sacrosanto principio de garantizar las condiciones materiales para la reproducción y acumulación del capital. La universidad que servía para el encuentro libre y anárquico de los afines pervertidos por el placer del saber. La universidad universalista, plural, no progresista, la que era un fin en sí misma y ahora está en vías de extinción a causa de nuestra ciega y obstinada “fe en el progreso”. Es la universidad por la que este trabajo apuesta, pues también es el origen al que se debe.

---

<sup>27</sup> Illich, I.. *Hacia el fin de la era escolar*. Cuadernos CIDOC. 1972.

### 3.1 El mito, la religión y la historia del progreso

El deseo de saber y la ambición de acumular ese saber, conforman el primer peldaño en el ascenso de la humanidad hacia la noción de progreso. El segundo peldaño es la voluntad de poder como un saber hacer y la ambición de acumular el resultado derivado del saber hacer en forma de poder (político, económico, cultural...). En otras palabras, en los orígenes de la idea del progreso se entrelazan la ambición de saber del espíritu y la ambición de dominar el entorno natural acumulando poder en el dominio material, lo que se traduce en la ambición de saber y la voluntad de poder como la simiente donde florece el mito antiguo y reverdece en los tiempos modernos el mito del progreso.

Los mitos son de esencia, procedencia y consecuencias religiosas. Podemos decir que los mitos surgen de la religión, pero también que la religión emana de los mitos.

Religión y mitología están imbricadas, no identificadas y como las tejas superpuestas, se enciman en algo, y en algo cada una sobresale un poco de la otra.<sup>28</sup>

Sí, los relatos (mitos) surgen de la religión (lo que enlaza a los hombres en torno a unas divinidades) y viceversa. Pero será que ¿todos los relatos son religiosos? ¿Estamos condenados a ello?

El mito y la religión del progreso comparten el mismo modelo básico de la humanidad que avanza desde un pasado ignorante y primitivo hacia un futuro de feliz prosperidad. Ya sea en la tierra como en el cielo, mito y religión han usado este modelo compartiendo la exhortación de los beneficiarios del progreso, para sacrificar el presente en aras de un futuro incierto aunque prometedor para nuestros descendientes aquí en la tierra. O bien, para la eterna salvación de nuestra alma después de la muerte como pregonan el cristianismo. En ambos casos el tiempo fluye de manera lineal.

La idea del progreso humano es pues, una teoría que contiene una síntesis del pasado y una profecía del futuro. Se basa en una interpretación de la historia que considera al hombre caminando lentamente –pedetentim progredientes– en una dirección definida y deseable e infiere que este progreso continuará indefinidamente.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Reyes, Alfonso. Mitología griega. Obras. Vol. XVI. Fondo de Cultura Económica. México, 1981, p. 343.

<sup>29</sup> Nisbet, R. Historia de la idea de progreso. Gedisa. Barcelona, 1991, p. 19.

#### **4. El “progresista” desarrollo sustentable**

El progreso se muestra entonces como una síntesis e interpretación del pasado, que les sirve a sus creyentes para establecer una “tendencia profética y predecible de la Historia futura”, en un vector con vestuario de científico y por tanto de “verdadero”, mediante el cual se pueden predecir y predicar una gama de profecías sobre el “predecible futuro”, profecías a las que hay que someter el presente de lucha y sufrimiento propios de los intereses deleznable de las personas concretas, en aras de los que aún no han nacido. Conmovedora muestra de “progresismo”. El último vástago (bisnieto representativo del progreso) de esta pervertidora tendencia son las ingenuas o malévolas quimeras postuladas por el perversamente llamado “desarrollo sustentable”. Nos recuerda Serge Latouche<sup>30</sup> que el desarrollo sustentable es como el camino al infierno, empedrado de las mejores y más buenas intenciones, forma taimada de dominación que le permite cumplir con la misión más destructiva en la historia humana, como nos previene el matemático y economista rumano Nicholas Georgescu- Roegene.<sup>31</sup> El mito del “desarrollo sustentable” crea en nosotros la esperanza de un “progreso bueno”, apaciguador sueño guajiro como veremos más adelante.

##### **4.1 Del saber del fuego al fuego del saber**

El mito del progreso parte en sus orígenes de una fe en el saber que deriva y quizá también proviene de una fe en el hacer. Saber hacer se traduce en una capacidad específicamente humana de dominio del entorno. Es el fundamento de nuestra conciencia de la autonomía humana con respecto al medio ambiente natural.

Los mitos son expresiones antiguas de hechos reales e imaginados, de anhelos y supuestos, de experiencias, leyendas y creencias que dan cuerpo a la tradición oral de las más diversas culturas en todo el mundo ágrafo, antecedente y posteriormente consecuencia también de la escritura y la historia.

Uno de los mitos primigenios en esta diversidad multicultural del género humano es el mito del origen y dominio del fuego. A diferencia del resto del reino animal, los humanos de hace medio millón de años empezaron por vencer el miedo y observar el

---

<sup>30</sup> <http://www.logos.it/>.

<sup>31</sup> Ibid.

fuego que se producía por causas naturales. De ahí pasaron a dar ese paso gigante del género humano al transportarlo y posteriormente conservarlo, para finalmente descubrir cómo producirlo.

El dominio del entorno arranca con el dominio del fuego. Pero este saber hacer fuego conlleva también el poder asociado al uso de una energía adicional a la energía metabólica naturalmente distribuida en cada individuo. Un excedente energético que marca una enorme diferencia en el ejercicio del poder, entre quién sabe hacer fuego y quién no lo sabe.

El uso del fuego permite iluminar y calentar más allá de la energía solar y de esta manera transformar las cuevas en las primeras viviendas. El fuego ahuyenta a los animales salvajes y establece un contorno de seguridad. El fuego facilita el habitar en latitudes inhóspitas. Pero sobre todo, el fuego permite cocinar y transformar en comestibles alimentos que no lo eran hasta antes de su utilización.

El dominio del fuego da origen a las diversas cerámicas y la metalurgia entre algunos de los primeros factores de progreso que conducen hacia la revolución agrícola y en consecuencia a la transición de la vida nómada recolectora hacia la vida sedentaria y urbana.

En la tradición histórica de la Cultura Occidental el mito de Prometeo es el más antiguo y conocido referente en la tradición heroica, romántica y revolucionaria. El rebelde que se opone al orden establecido en beneficio de la humanidad y termina castigado por Zeus (o el jefe en turno vigente) como resultado de su rebeldía.

El surgimiento de las primeras ciudades es consecuencia de la revolución agrícola iniciada quizá por las mujeres hace diez mil años así como la domesticación de animales, que comienza con la fiel amistad de los perros hace unos quince mil años. La vida sedentaria primero y urbana posteriormente es la simiente para la observación y el cálculo astronómico, así como para las actividades artesanales como el tejido de canastos y otros utensilios y de telas. La vida urbana hace unos cinco mil años, acuna el espíritu previsor y acumulador de excedentes, así como el cálculo contable para el control de lo producido, almacenado y vendido, que viene a desembocar en la invención de la escritura.

El mito del progreso se inicia con los griegos homéricos que poseían una visión enigmáticamente anticipatoria de la modernidad progresista, acaso anticipándose como una especie de eterno retorno “patafísico”, como un avanzar paso a paso desde la edad dorada para ir adelantando en la decadencia, tal como se practica en la modernidad del siglo XXI. El punto de partida es la Edad de Oro desde la que avanza ineludiblemente hacia la decadencia. Hesíodo dice en *Los trabajos y los días* que los hombres existentes bajo el imperio de Cronos que mandaba en el Ouranos (cielo) y

vivían como Dioses, dotados de un espíritu tranquilo. No conocían el trabajo, ni el dolor, ni la cruel vejez; guardaban siempre el vigor de sus pies y de sus manos, y se encantaban con festines, lejos de todos los males, y morían como se duerme. Poseían todos los bienes; la tierra fértil producía por si sola en abundancia; y en una tranquilidad profunda, compartían estas riquezas con la muchedumbre de los demás hombres irreprochables.<sup>32</sup>

Cervantes deja referencia también, dos mil cuatrocientos años después que Hesíodo, de esta dichosa edad recolectora en la que no existía la propiedad ni la agricultura:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados (...) porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían(...) Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.<sup>33</sup>

Paul Goodman un pensador libertario norteamericano de sensata explosividad, maestro y amigo de Iván Illich, escribió hacia el final de su polémica vida que:

Para que la hierba siga verde y los ríos estén limpios, para que los niños tengan una mirada luminosa y buen color -cualquiera que sea su color- y los hombres no sean maltratados y puedan ser ellos mismos, creo que con mucho gusto prescindiría de todas las otras ventajas de orden político, económico y tecnológico (de la modernidad).<sup>34</sup>

<sup>32</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/Los\\_trabajos\\_y\\_los\\_días](http://es.wikisource.org/wiki/Los_trabajos_y_los_días).

<sup>33</sup> Cervantes, M. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Bib. Clásica Castalia, Madrid, 2001, p. 154.

<sup>34</sup> Goodman P. *La nueva reforma*. Ed. Kairós. Barcelona, 1972, p. 191.

Goodman escribe estas líneas al final de la década de los sesenta del siglo XX, cuando no existía un movimiento ecologista ni una conciencia clara del problema. Pero estas palabras denuncian como una anticipación que los intereses del complejo militar industrial, la megamáquina del modo de producción capitalista, su afán desmedido de lucro, eficiencia y productividad, su fanática fe en su propio progreso son los causantes de la contaminación de mares y ríos; de la opacidad en la mirada y el espíritu de los niños; de la explotación desmedida del trabajo humano para exprimirle hasta la última gota de plusvalía. Pero estas palabras nos previenen también que no es con el crecimiento de la inversión y el empleo, ni con el fortalecimiento de un mercado global controlado por las corporaciones transnacionales, ni con el gigantismo burocrático del Estado, como lograremos conformar un diálogo multicultural, para una convivencialidad pacífica que logre mediante el respeto a la diversidad y autonomía de las culturas y naciones el apoyo mutuo y el cultivo de la libertad creadora.

Goodman, como Zaid, como Illich, como Kropotkin, como Flores Magón, como Tolstoi, entre muchos otros, son héroes rebeldes en la tradición prometeica: progresista, anarquista y revolucionaria. Como el mismo don Quijote que está dispuesto a enfrentar todos los peligros sin queja, ni paga, con tal de cumplir sus caballerescos cometidos para volver a los orígenes del progreso y honrar a su dama, así mientras alecciona a su azorado escudero le dice:

Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos.<sup>35</sup>

En *El origen de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau explica cómo terminó el paraíso y empieza la civilización:

El primer hombre que, después de haber cercado un terreno, tuvo la ocurrencia de decir: *Esto es mío*, y se encontró con gente tan simple como para creérselo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil.<sup>36</sup>

Con la propiedad privada termina el paraíso y empieza el progreso en dirección uniformemente acelerada rumbo al infierno.

---

<sup>35</sup> Cervantes, op.cit., p. 238.

<sup>36</sup> Zaid, G. et al. Una visión integradora. Compiladores Bolívar Zapata F., Rudomín P. El Colegio Nacional. México, 2001, p. 493.

## 4.2 De la luminosa Edad Media a la tenebrosa Modernidad

La Edad Media es un periodo de incubación y gradual maduración histórica que da como resultado el Renacimiento y aún la misma modernidad, pues según refiere Habermas<sup>37</sup> es al iniciarse este periodo en el siglo V que se utiliza por primera ocasión el vocablo moderno en su forma latina como “modernus”, vocablo usado para diferenciar el pasado reciente oficialmente cristiano del imperio romano, del pasado remoto pagano precedente. De tal manera queda evidenciado que ser moderno desde el origen del término en la Cultura Occidental es ser cristiano.

El término moderno empieza por expresar la conciencia histórica de una época (el cristianismo) que se relaciona con el pasado para considerarse a si misma como el resultado de la transformación de la antigüedad en el presente. Así la historia es concebida como un proceso de tiempo lineal en el que el hombre avanza lentamente, paso a paso (*pedetentim progredientes* en el verso de *Rerum Natura* de Lucrecio)<sup>38</sup> en una dirección definida y deseable, minuto a minuto del pasado al presente.

Y la navegación, la agricultura,  
La arquitectura, la jurisprudencia,  
El arte de hacer armas y caminos,  
De preparar las telas, y las otras  
Invenciones a estas semejantes,  
Y aun todas las que son de mero gusto,  
La pintura, escultura y poesía,  
Se inventaron a fuerza de experiencias  
Por la necesidad y por la industria.  
El tiempo de este modo poco a poco (*pedetentim progredientes*)  
Trae los descubrimientos de las cosas,  
Y la industria adelanta sus progresos;  
Pues vemos que el ingenio perfecciona  
Las artes sin cesar unas con otras,  
Hasta que logran perfección cumplida.<sup>39</sup>

<sup>37</sup> Habermas, J. et al. *La posmodernidad*. Ed. Kairós. Barcelona, 1985, p. 20.

<sup>38</sup> Nisbet, R. *Historia de la idea de progreso*. Gedisa, Barcelona, 1991, p. 71.

<sup>39</sup> Lucrecio, T. *De la naturaleza de las cosas: poema en seis cantos*, traducido por D. José Marchena. Biblioteca virtual Cervantes (libro V última estrofa 2090-2110). <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/> .



Los medievales fueron precursores de la revolución industrial al inventar los mecanismos para transformar y transmitir movimientos lineales a giratorios y viceversa, la manivela, la biela y el cigüeñal, el torno, el reloj, los molinos de agua y de viento, la arquitectura gótica y los tipos móviles de la imprenta. Subestimamos el ingenio de los hombres de este periodo por la profunda oscuridad de nuestra ignorancia, no del periodo.

Un trío de pensadores medievales son muestra de la brillantez excepcional de estos años en nuestro bosquejo histórico del progreso. Joaquin di Fiore, Francisco de Asís y Roger Bacon son representantes de la incipiente visión que formula nuestra idea del progreso, y también de su crítica radical.

Joaquín di Fiore (1130-1201) propuso la idea de una mejoría gradual de la humanidad al concebir las etapas que conducirían a la realización del paraíso ya no como una vuelta al pasado, sino como una meta alcanzable en tres etapas del futuro (la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo). Como una materialización humana de la voluntad divina. El progreso toma forma de esta manera ya no sólo como una interpretación y síntesis del pasado, sino como una profecía del futuro por mandato de Dios.

La revolución medieval que se inicia hace un milenio se debe tanto a los intercambios comerciales a distancia (exportación de tejidos de lana y utensilios de hierro y vidrio. Importación de especias, marfil y sedas), por vía terrestre y gradualmente a mayores distancias también por vía marítima gracias al desarrollo de nuevas técnicas de navegación. Como por el otro lado, también por el surgimiento de un mercado local que empieza desde los estamentos sociales más bajos y se ve incentivado y ampliado por el mercado externo. Finalmente se generaliza el uso del dinero imponiéndose el valor de cambio sobre los valores de uso, mientras que la posesión comunal (commons) va cediendo espacios a la propiedad privada. De esta forma el capitalismo en su fase comercial aparece como el elemento controlador del mercado y se constituye como el modo de producción dominante en el orbis terrarum.

La vieja teoría de la decadencia de la humanidad viene a ser rebatida con la alegoría de la superioridad de los modernos sobre los antiguos, pues la modernidad es como la etapa de la madurez del género humano. Curiosamente la línea del argumento nos llevaría a concluir que la analogía con la vida de una persona aplicada a la historia concluye con la mayor decadencia posible, la derivada de la muerte. El argumento de la modernidad para rebatir la autoridad de los antiguos apunta paradójicamente hacia la decadencia como destino del viaje de la modernidad. Pero la fe en el progreso de la ciencia permite ver el progreso de la humanidad como un encantador cuento de hadas a lo Perrault.

Mientras tanto, la transición de la producción de autoconsumo, al mercado local de intercambios, y después al mercado regional con valores de cambio como dinero, se da entre la Baja Edad Media con el surgimiento del mercado local de trueque en los condados y feudos, y el Renacimiento con los primeros polos de acumulación de capital impulsores del comercio a distancia que originan el mercado externo. Los capitalistas controlaron a los primeros productores independientes al organizar la compra de sus productos condicionando volumen y precio a cambio de “seguridad”.

En los burgos surgieron muchas instituciones sociales nuevas. El desarrollo del comercio llevó aparejado consigo el del sistema financiero y la contabilidad. Los artesanos se organizaron en asociaciones llamadas gremios, ligas, corporaciones, o cofradías, según el lugar geográfico.

Surgió también el trabajo asalariado, la economía monetaria, florecen las actividades de la banca (crédito, préstamos, letras de cambio) algo virtualmente desconocido en el mundo feudal, todo lo cual origina un incipiente capitalismo que se consolidará en el Renacimiento. También aparecen las Universidades como respuesta de los gremios de educadores. El capitalismo se encarga de controlar el mercado como una de sus funciones básicas. Sin el control del mercado no se pueden dar las condiciones materiales para la concentración y desarrollo de las fuerzas productivas, ni las correspondientes relaciones sociales de producción para el surgimiento de la producción industrial.

Solemos enumerar como característico de la revolución industrial el establecimiento de fábricas que incorporan el desarrollo tecnológico y la producción en serie, las concentraciones de población en las ciudades, la apertura de mercados internacionales y el capitalismo global. Todo lo cual son algunos de los factores de su existencia, pero es hasta el siglo XX con Iván Illich, Murray Boockin y Gabriel Zaid que nos percatamos que no se había identificado con claridad uno de los más importantes de esos factores, que es el cambio de la fuente energética para la producción, al pasar de una fuente renovable (leña y carbón vegetal) a una fuente fósil no renovable (carbón mineral, petróleo y gas).

La oportunidad para el carbón mineral apareció, precisamente, cuando la tala de los bosques para hacer leña y carbón produjo un desastre ecológico en Inglaterra. Dadas las circunstancias, pareció que la fuente de energía renovable se había agotado y que abundaba la que de hecho no es renovable. Una segunda circunstancia importante fue el aprovechamiento de las propiedades termodinámicas del vapor en las minas de carbón que se volvieron indispensables, pero se inundaban. El vapor al enfriarse se contrae, propiedad aprovechada por Thomas Newcomen (1663-1729) para producir un vacío que subiera el agua del fondo de las minas.<sup>40</sup>

De allí en adelante “La potencia motriz del fuego”(1824)<sup>41</sup>, como la llamó Sadi Carnot, fue aprovechada pasando de la máquina de vapor al motor de combustión interna y la turbina. La abundancia de los recursos no renovables al principio impidió verlos como lo que son, una especie de capital común de la humanidad, abundante pero finito y no renovable. En cambio ha pasado a ser una mercancía que funciona como subsidio de la megalomanía del modo de producción industrialista, para el derroche administrado por las transnacionales y el gigantismo del complejo burocrático militar industrial de los países industrializados, la megamáquina de la que habla Lewis Mumford.

La concentración se inicia con la revolución agrícola, se fortalece con la revolución urbana y se expande con la revolución comercial hasta el límite de la energía proveniente de fuentes renovables. El gigantismo de la mega máquina industrial ha

---

<sup>40</sup> Zaid, G. Op. cit., p. 500.

<sup>41</sup> Ibidem.

sido posible gracias a que “La potencia motriz del fuego” con energéticos fósiles no renovables ha subsidiado el proceso de acumulación y reproducción del capital industrial.

La transición en el modelo de consumo de recursos renovables a no renovables se desarrolla concomitante con la revolución comercial. Al iniciar el primer milenio el fuego se compartía comunalmente entre todos los integrantes de las poblaciones en el norte de lo que actualmente es Europa. Los combustibles para hornear cerámica y en metalurgia fueron la madera y el carbón vegetal durante milenios. La madera se usaba en la construcción de casas y muebles. Pero también para construir barcos. La demanda se vio incrementada notablemente por la incipiente industria del vidrio ligada a la industria de la construcción, así como la sofisticación metalúrgica para la producción del cobre, bronce, latón y hierro de los que aumentaba constantemente la demanda.

Aunque ya se conocía y usaba en pequeña escala desde la Edad Media, el carbón mineral es decretado en 1611 por el rey Jaime de Inglaterra, en un acto de especulación financiera, como el único procedimiento legal para producir vidrio en el reino. Acto seguido la utilización del carbón mineral en otras aplicaciones industriales se generalizó al hacerse rentable su uso.

Desde tiempos muy remotos el petróleo es conocido por la humanidad, pues aparecía de forma natural en ciertas regiones. Hace cinco mil años los asirios y babilonios lo usaban para pegar adobes, tabiques y piedras y son los primeros vestigios de ciudades que perduran todavía; los egipcios lo usaron para conservar pieles; y las culturas prehispánicas de México lo usaron en arquitectura y esculturas. Pero es hasta el siglo XIX cuando se empieza a considerar al petróleo como un combustible sumamente rentable al utilizarlo en sus derivados para dar surgimiento a finales de ese siglo a los primeros vehículos con motores de combustión interna, que se convertirán en la emblemática industria del automóvil en el siglo XX cuyo auge de crecimiento y concentración urbana desemboca en las megalópolis a principios del XXI.

Esta desenfrenada carrera de la civilización del petróleo se inicia apenas en 1859, cuando Edwin Drake perforó el primer pozo de petróleo en Pensilvania. Hasta que el 14 de septiembre de 1960 en Bagdad (Iraq) se constituye la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Organización que desencadenará la crisis del petróleo de 1973, crisis que comenzó el 17 de octubre de 1973, a raíz de la decisión de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que anunciaba que no exportarían más petróleo a los países que habían apoyado a Israel durante la guerra del Yom Kippur, en la que se enfrentaron Israel con Siria y Egipto. Esta medida incluía a los Estados Unidos y a sus aliados de Europa Occidental y dio como resultado el principio del fin de la civilización del petróleo en la que nos encontramos y de la cultura del progreso que es su consecuencia y origen.

### **4.3 A manera de conclusión**

El progreso cuyo velado fin es la decadencia y el autoexterminio expresado como mercado global y gobierno mundial, así como la decadencia moral cuyo fin es el progreso expresado en la acumulación material de bienes y la concentración de servicios inútiles, parecieran entonces ser las dos caras de la moneda del mito progresista. Las caras de la confianza en el avanzar del saber-hacer para dominar la naturaleza como amos. Pero quizá exista otra cara, la cara de la crítica al progreso que señala las desastrosas consecuencias de la fe ciega en el progreso, fe que sólo beneficia a los poderosos. Finalmente, el progreso como todos los mitos expresa aquello que no ha acaecido nunca pero que siempre existirá. Es por todo esto, que concluyo mi estudio con este aforismo inicial, que Nietzsche escribió en *El crepúsculo de los ídolos*:

Pero al hombre no le es dado ser cangrejo. No es posible, es menester ir hacia adelante, es decir, avanzar paso a paso, adelantando en la decadencia (esta es mi definición del progreso moderno).<sup>42</sup>

---

<sup>42</sup> Federico Nietzsche. *El crepúsculo de los ídolos*. Editores mexicanos unidos. México 1976, pp. 124-125.